

## COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

### Nº 80 ¿Cómo se difunde esta Buena Noticia?

**Monseñor José Ignacio Munilla**

(Transcripción aproximada del audio)

Número 80 del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica:

*¿Cómo se difunde esta Buena Noticia? (425-429)*

*Desde el primer momento, los discípulos desearon ardientemente anunciar a Cristo, a fin de llevar a todos los hombres a la fe en Él. También hoy, el deseo de evangelizar y catequizar, es decir, de revelar en la persona de Cristo todo el designio de Dios, y de poner a la humanidad en comunión con Jesús, nace de este conocimiento amoroso de Cristo.*

Aquí se repite: desear ardientemente anunciar a Cristo, desear evangelizar y catequizar. Ese deseo ardiente, ese celo apostólico es muy importante, es muy significativo, es una buena radiografía de nuestro corazón, es una buena radiografía de nuestra fe. Dime cómo es tu celo, tu deseo de que Cristo sea conocido y amado y te diré cuánto le amas y cuánto le conoces. Es un indicativo que no falla. A la hora de traducir el primero de los mandamientos de la ley de Dios: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con todo tu ser. Y ¿cómo puedo medir ese amor? ¿Existe un amor-mómetro de nuestra relación con el Señor? Sí, sí existe, existen indicios muy claros, por ejemplo el celo apostólico, que es el deseo de compartir la gracia con la que uno se ha encontrado.

El hecho de que uno tenga un celo ardiente, deseo ardiente de dar a conocer a Jesucristo. a los demás es indicativo de la conciencia que él tiene del don que ha recibido y de cómo le ama personalmente. Si no tiene ese celo ardiente, bueno está bien catequizar pero si no le va en ello la vida quiere decir que la vivencia del primer mandamiento, *amarás al Señor con todo tu corazón, con toda tu mente, con todo tu ser*, está lejana, está lejos de vivir ese primer mandamiento con intensidad. Dice Efesios 3, 8: “Anunciar la inescrutable riqueza de Cristo”, no puedo hacer otra cosa, el que se ha encontrado con Cristo no puede por menos que hacer eso. Siempre nos quedaremos cortos hablando de Jesucristo, nunca hablaremos suficientemente de él.

Hay más textos también que son muy indicativos, por ejemplo, Hechos 4, 20, cuando algunos de los apóstoles habían sido hechos prisioneros y se les dice: cuidado y nos enteremos de que seguís hablando y predicando de Jesucristo; ellos dicen: no, nosotros no podemos por menos de hablar de lo que hemos visto y oído, nosotros además tenemos que obedecer a Dios antes que a los hombres, ¿qué otra cosa podemos hacer, sino hablar de lo que hemos visto y oído? No podemos dejar de ser testigos de lo que hemos visto y oído.

Fijaros cómo comienza la primera carta de San Juan: “Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y

*palparon nuestras manos acerca del Verbo de la vida, pues la vida se hizo visible y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, que estaba junto al Padre y se nos manifestó; eso que hemos visto y oído, os lo anunciamos para que estéis en comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestro gozo sea completo*". Es que si no, el gozo no está completo. El haberse encontrado con un tesoro y no compartirlo, el gozo no es completo. El gozo es completo cuando, eso que se ha recibido gratis, se da gratis.

Ver y oír el don de Dios y convertirse en testigo. Podríamos decir que el vidente es viviente y se convierte en testigo. Uno ve el don de Dios y lo vive, lo hace su vida y se convierte en testigo. Testigo de Jesucristo, testigo de Él, no nos predicamos a nosotros mismos. Somos la voz, no somos la Palabra. El Señor nos pide poner voz, nuestra voz a esa Palabra. No nos predicamos a nosotros mismos. También en el Evangelio de San Juan Jesús insiste: *"Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado"*. Eso dice Jesucristo con respecto a que él no habla nada por cuenta propia, sino que la palabra que le da el Padre, esa es la palabra que él nos comunica.

Jesucristo es el revelador del Padre, y si Jesús es el revelador del Padre, ¿nosotros cómo vamos a hablar por cuenta propia? ¿cómo vamos a predicarnos a nosotros mismos? Nosotros no estamos para lucirnos delante de alguien, sino para transmitir la luz de Cristo. No es lo mismo transmitir luz que lucirse y nosotros estamos llamados como Juan el Bautista a decrecer para que Cristo crezca, a escondernos para que sea Cristo el que se manifieste ante el mundo, lo cual también es todo un estilo de cómo hacer las cosas. El que está enamorado de Jesucristo no quiere otra cosa que sea Él, el que sea conocido, el que sea amado y para ello, él será absolutamente discreto y sabrá esconderse, gozando de que Jesucristo sea conocido y amado.